



II. REY DE ELEA

El funeral del rey Ángon se celebró una semana después de la batalla de Harrán. A pesar del tiempo transcurrido, su cadáver todavía se conservaba sin señal de corrupción alguna, gracias a las artes de los embalsamadores saceos, que habían desarrollado las técnicas de conservación de los difuntos desde tiempos inmemoriales. Los cuerpos así preservados eran después sepultados con sus armas y joyas distintivas en grandes mausoleos de piedra. Aún así, era algo que se reservaba exclusivamente para personajes ilustres, ya que las sustancias necesarias para el embalsamamiento eran muy difíciles de encontrar y se traían desde lejanas tierras a un precio muy elevado. Para el resto de los mortales, lo más usual era la incineración, si bien los enterramientos tampoco eran del todo extraños en los reinos saceos como herencia cultural de los antiguos pobladores de las Tierras Interiores, que la empleaban ya cuando todas las regiones al sur de las Montañas Kronán recibían el nombre común de Maarâd.

Para dar el último adiós al monarca acudieron todos los nobles y generales de Elea, además de representantes de todos los Reinos Saceos, emparentados por sangre como descendientes de un mismo tronco racial común, con la única y lógica excepción de Redia, a la que todavía se veía como enemiga a pesar del tratado de paz recién concluido. También acudieron emisarios de Kumhar, tradicional aliado de Elea, y de algunas ciudades-estado de Neyene. No acudió, ni tampoco se le esperaba, ningún representante de la lejana y orgullo-

sa Hakkâd, siempre hostil a los saceos, a los que seguía considerando como “los usurpadores de Maarâd”.

De esta forma, aquel día de luto se reunía frente al Panteón de los Reyes de Elea un amplio muestrario de los distintos pueblos del mundo conocido considerados como “civilizados”, los cuales reflejaban en su trato el complejo ovillo de larvadas rivalidades y frágiles alianzas que se extendían desde el extremo del Cabo Yhinnaz hasta la remota Hul-Shanday, en todas las tierras habitadas entre el Mar de Dróinen y las Kronán, desde un océano al otro.

Los reinos de Elea, Redia, Astorea, Seloria, Berania y Dergala estaban habitados por los descendientes de las tribus que, llegadas del norte, atravesaron la Gran Cordillera de las Kronán unos cuatrocientos años atrás para invadir las tierras que circundaban el Mar Interior. Aquellas tribus pertenecían a una misma raza y se llamaban a sí mismos “saceos”. Eran hombres altos y vigorosos, de piel bronceada y de ojos y cabellos generalmente castaños, aunque tampoco era extraño que los tuvieran de otras tonalidades. Aunque posteriormente cada tribu fundó su propio reino independiente y ello implicó un relativo distanciamiento en lengua y cultura, el recuerdo de su origen común nunca se perdió del todo. Así, aunque las guerras entre los distintos reinos saceos fuesen frecuentes, era normal que frente a una amenaza exterior dejasen a un lado sus diferencias y se aliaran contra dicho enemigo para volver a convertirse en rivales tras conjurar la amenaza. Esta forma de proceder era habitual especialmente para mantener a raya al poderoso reino de Hakkâd, que constantemente trataba de extender su influencia en el sudeste del Continente.

Si bien la vinculación entre los reinos saceos se limitaba a esas alianzas ocasionales contra enemigos comunes, el espíritu subyacente de pertenencia a un tronco original único se traducía en la existencia de una figura peculiar, la del “Krain”. Su origen se remontaba a la época semilegendaria en que los saceos irrumpieron desde el Norte en las Tierras Interiores unidos bajo el liderazgo del mítico caudillo Endónor, primer y único rey de todos los saceos, que había gobernado sobre todas las tierras entre las Kronán y el Mar. La leyenda decía que a su muerte su imperio se había dividido entre las distintas tribus para dar origen a los reinos que, con algunas variaciones, se habían consolidado a lo largo de los siglos hasta la época actual, en que el

Krain era ya sólo un título honorífico con el que se reconocía la situación de primacía del monarca de aquel reino que en cada época ostentara la posición hegemónica entre las naciones saceas. No siempre existía un Krain unánimemente reconocido; sólo en guerras de alianzas contra Hakkâd, por ejemplo, se designaba necesariamente a uno para que liderara las fuerzas coaligadas. En tiempos de paz era mucho más raro, pero siempre había algún caudillo ambicioso que pretendía reclamar para sí tal título por el prestigio que ello implicaba.

De hecho, en los meses anteriores a la batalla de Harrán se había especulado con la posibilidad de que el rey Ángon reclamara para sí el título de Krain para dirigir una alianza sacea contra los ejércitos de Hakkâd, que desde sus bases de Beharêd amenazaban con apoderarse de Naorene y Eisen para controlar todas las costas que encaraban su propio archipiélago. Tras su muerte y la conquista de Harrán por los redos, el único que ahora poseía la fuerza suficiente para reclamar la hegemonía era el rey Brénal de Redia, del que se decía que estaba organizando una expedición para tomar Eisen, el más importante puerto saceo en el Océano Oriental.

Los poderosos reyes de Hakkâd, por su parte, se consideraban los legítimos herederos de los antiguos gobernantes de las Tierras Interiores, que antes de la llegada de los saceos se habían llamado “Maarâd”, abarcando aproximadamente las mismas regiones al sur de las Montañas Kronán, que dividían el Continente en una zona meridional civilizada y otra norteña poblada por “bárbaros”, al decir de los primeros, entre las cuales había muy escaso contacto debido a la formidable barrera física que suponía aquella terrible cordillera de altísimos picos que sólo podía atravesarse por sus extremos costeros o por difíciles y secretos pasos de montaña.

La raza que había poblado Maarâd era muy antigua, tanto que ni siquiera recordaban cuándo se habían instalado en aquella parte del mundo, que habitaban desde tiempos inmemoriales. Eran de mediana talla, tez cobriza y ojos rasgados y generalmente oscuros, con cabellos muy rizados y tupidos, y eran de manos hábiles e ingenio agudo. Poseían una rica y desarrollada cultura que dominaba todas las ramas del conocimiento, desde la agricultura y la artesanía hasta la construcción y la navegación, pasando por las artes y el comercio. Sus brillantes ciudades se habían extendido por todas las costas que bañaban las

cálidas aguas que siempre se habían conocido como “el Mar Interior”, sin que ningún hecho significativo turbase su civilización hasta la inesperada irrupción de los saceos, cuatro siglos atrás. Llegaron desde el Norte, atravesando las Kronán por el Paso de Néinur, y cayeron repentinamente sobre Maarâd. A pesar de que en aquella época los saceos todavía eran nómadas mucho más atrasados que los maaradios, militarmente se mostraron como guerreros más fieros y arrojosos que estos, de forma que para cuando los civilizados maaradios consiguieron rehacerse y agrupar sus fuerzas para hacer frente a la amenaza bárbara, ya era demasiado tarde. Los saceos obtuvieron una victoria decisiva en una gran batalla librada cerca de lo que hoy era Vanma y se hicieron los dueños de las Tierras Interiores.

Los derrotados pobladores de Maarâd sólo tuvieron dos opciones: o someterse a los conquistadores saceos o retirarse a las regiones más apartadas del continente. Los que eligieron esta segunda alternativa se hicieron fuertes en el extremo sudoeste, en las tierras que luego formarían el reino de Shezzarâd, y en la zona costera que rodeaba el gran puerto de Beharêd. Pero el mayor bastión de los Hijos de Maarâd frente a los invasores del norte lo constituyó la gran isla de Hakkâd, situada al sudeste del continente, y el archipiélago que la rodeaba. Anteriormente había estado poco poblada, pero tras la gran guerra fueron muchos los que se refugiaron allí huyendo de la destrucción, con lo que el reino de Hakkâd se hizo fuerte y heredó en cierta medida la tradición de los antiguos reyes de Maarâd, considerándose por ello sus sucesores con la secreta ambición de poder algún día expulsar a los “usurpadores saceos” y gobernar de nuevo sobre todo el continente. Contaban para ello con una flota sin igual en aquella época y con los abundantes recursos de su próspera isla, pero sus ejércitos siguieron siendo inferiores a los de sus enemigos para las batallas en campo abierto, por lo que a menudo empleaban las intrigas y azuzaban la desunión entre los saceos para aumentar su propia influencia en las Tierras Interiores.

En las tierras ocupadas por los conquistadores saceos, sin embargo, estos no se mostraron crueles con los pobladores nativos. Deslumbrados por su superior civilización y sus grandes ciudades, prefirieron hacer suya gran parte de la cultura maaradia y asimilar al sustrato indígena. Se limitaron a dar nombres en su propia lengua a los

núcleos de población, montes, ríos y lagos, y a sustituir la antigua religión politeísta por la suya propia, el culto de Nan, el Dios de los rostros ambivalentes y eterno ciclo: Bérel y Boród, Espíritus de la Paz y de la Guerra; Tránir y Terén, Espíritus de la Prosperidad y el Hambre; Luál y Linan, Espíritus de la Vida Espiritual y la Material; todos ellos se superponían y se sucedían alternativamente en la vida y la historia de los mortales dentro de la Entidad Suprema a que pertenecían, Nan el Todopoderoso. Así fue como, con una naturalidad sorprendente para los aterrados nativos que no habían podido o querido escapar de sus feroces conquistadores, los saceos, tras obtener la victoria en la batalla, proclamaron con solemnes ritos el fin de la era de Boród y el comienzo de la de Bérel, y tras ello preservaron a los sometidos para poder aprender de ellos la ciencia suficiente para transformarse de bárbaros nómadas en un pueblo civilizado y sedentario.

Este mestizaje fue especialmente intenso en las grandes y poco pobladas estepas que se extendían al pie de las estribaciones centrales de las Montañas Kronán, dando lugar al rudo reino de Kumhar, que no era propiamente saceo ni maaradio, sino una mezcla de ambos elementos. No había allí grandes ciudades ni templos, sino sólo poblados diseminados dedicados sobre todo a la ganadería y poco preocupados por las ambiciones políticas o económicas de otras naciones. Eran no obstante guerreros indómitos y difíciles de someter, y pronto cobraron fama de ser los mejores jinetes de las Tierras Interiores, ya que criaban y cuidaban manadas de caballos más que en ningún otro país. Por ello el vecino reino de Elea, tras un par de expediciones de conquista fracasadas y a la vista de las escasas riquezas que podía obtener de aquellas áridas tierras, optó por hacer la paz con los kumharios y, poco a poco, establecer una especie de protectorado tácito, gracias al cual surtía su ejército de valiosos jinetes mercenarios a cambio de ser la principal vía de comercio para Kumhar con el resto de los reinos saceos, de lo que se beneficiaban ambas naciones.

Unos ciento cincuenta años después del asentamiento de los saceos, una tercera raza civilizada hizo su aparición en el Continente: unas gentes extrañas que se llamaban a sí mismos “Yhae-Neyen”. Estos hombres, de escasa estatura y corpulencia, de cabellos lacios, ojos muy redondeados y piel anaranjada, no se distinguieron como

guerreros ni conquistadores, sino como comerciantes. Surgieron de las aguas del Océano Oriental en sus esbeltos bajeles y fundaron numerosas ciudades-estado en las costas casi deshabitadas al norte de las Kronán. Decían proceder de otro gran continente situado muchas leguas al este, al otro lado del Océano, del que hablaban muy poco, únicamente para murmurar que habían huido de él a causa de un terrible cataclismo que había destruido sus ciudades, siendo ellos los únicos supervivientes de una gran civilización sumergida bajo las aguas. Si aquella historia era cierta o no, nunca ningún hombre de otro pueblo lo pudo desentrañar, ya que los Yhae-Neyen eran cautelosos y desconfiados, menos dispuestos a hablar de sí mismos que a aprender sobre los demás.

Colonizaron, sin apenas rivales, una larga franja costera que llamaron Neyene, pero no fundaron reinos propiamente dichos, sino sólo ciudades-estado que eran en realidad puertos comerciales dedicados a traficar entre sí y con los reinos del sur, a los que solían transportar materias primas y esclavos procedentes de las Tierras Salvajes, a las que tenían un acceso mucho más fácil que los saceos. Para defenderse de posibles agresiones exteriores, dada su poca valía como soldados, confiaron su suerte a una eficiente flota que fácilmente podía cambiar su carácter mercante a militar, compuesta de navíos más pequeños pero más rápidos que los hakkadios, de los que pronto se convirtieron en rivales en los mares. Tras varios enfrentamientos navales de suerte alterna, los dos pueblos establecieron una especie de “paz armada”, repartiéndose sus respectivas áreas de influencia y concertando un acuerdo tácito de respetar sus respectivas actividades comerciales, aunque con frecuencia se producían incidentes aislados que ponían en peligro aquella precaria paz.

Frente a posibles agresiones por tierra, construyeron una gigantesca fortaleza de altísimos muros sobre el paso costero oriental de las Montañas Kronán, que llamaron Kar-Shorát y bloqueaba el acceso hacia Neyene, de modo que cualquier eventual invasor debía optar por intentar asaltar inútilmente aquel inexpugnable bastión o bien dar un largísimo rodeo a las Kronán y atravesar las peligrosas Tierras Salvajes, pobladas por feroces tribus bárbaras. Hasta la fecha tal estrategia había dado resultado, y los pocos ataques extranjeros habían sido rechazados sin grandes dificultades.

El espíritu colonizador de los Yhae–Neyen les llevó a fundar nuevas ciudades más al sur, de las cuales la más importante era Hul–Naoren, establecida en territorio del antiguo y poco poblado reino saceo de Negan. Pronto surgieron tensiones entre las dos razas, y finalmente estalló una guerra en la que los habitantes de Hul–Naoren recibieron abundante apoyo de todas las ciudades de los Yhae–Neyen, mientras que el débil reino de Negan no consiguió apenas ayuda de los demás reinos saceos, que desconfiaban unos de otros y se acusaban mutuamente de pretender apoderarse del territorio para romper el equilibrio de poder entre ellos. Fue así que los neganios fueron derrotados y su capital destruida por sus enemigos, menos fieros pero muy superiores en número. Tras ello, los pobladores de Hul–Naoren controlaron la mayor parte del territorio de lo que había sido el reino de Negan y constituyeron el único reino propiamente dicho de los Yhae–Neyen en el continente, al que llamaron Naorene. Pronto adquirió una gran importancia estratégica, por hallarse a la entrada del Mar Interior y en la ruta de acceso del comercio naval que provenía del este, lo que le permitía controlar el tráfico mercantil en la zona. El mayor rival de Naorene, apoyado por las ciudades de los Yhae–Neyen del nordeste, era el vecino reino de Beharêd, que a su vez era sustentado por la poderosa Hakkâd, lo que había provocado ya dos guerras en las que ningún bando había inclinado la balanza a su favor, ya que, a pesar del origen del reino de Naorene, de ingrato recuerdo para los saceos, estos le habían prestado su apoyo, temerosos de que Hakkâd adquiriese un poder excesivo en la zona.

Estos eran los principales reinos de la época. Además, en las agrestes y calurosas tierras al norte de la cordillera de las Kronán y también en unas remotas islas situadas muy al sur, casi en las regiones polares, habitaban distintas razas apenas civilizadas. Las Tierras Salvajes, nombre por el que se conocía a todos los territorios que se extendían más allá de las Montañas Kronán hasta el Gran Desierto del Norte, eran muy poco conocidas por los habitantes de las Tierras Interiores. Los saceos tenían algunas leyendas sobre ellas, transmitidas de padres a hijos desde la remota época del Gran Viaje, cuando sus ancestros las atravesaron para llegar a Maarâd, y en ellas se recogían relatos fantásticos sobre enormes selvas infestadas de gigantes

semibestiales y monstruos desconocidos, así como de grandes ríos y lagos hechizados. Nunca habían sentido los saceos interés por explorar aquellas tierras hostiles habitadas por tribus bárbaras, ya que se sentían satisfechos en las ricas tierras meridionales que ocupaban. Quizá los kumharios tenían algún mayor contacto con los bárbaros, pero éste se limitaba a un muy escaso y rústico intercambio de materias primas y alimentos.

Los Yhae–Neyen, sin embargo, cuya ubicación facilitaba el contacto con las tribus del este de las Tierras Salvajes, se interesaron mucho más por lo que podían obtener de ellas. Desde sus fortificadas ciudades costeras organizaban frecuentemente expediciones hacia el interior para proveerse de minerales, madera, animales de tiro, pieles, piedras preciosas y otros productos con los que comerciar con los reinos del sur. Y también, cada vez más, comenzaron a traficar con esclavos procedentes de las Tierras Salvajes.

La esclavitud apenas había existido en los tiempos antiguos de los que se guardaba memoria. Sin embargo, cuando los Yhae–Neyen empezaron a emplear como esclavos a bárbaros norteños, hombres muy fuertes pero primitivos, a los que capturaban en sus expediciones o incluso compraban a los caciques de las tribus bárbaras, la esclavitud se convirtió rápidamente en una institución aceptada con naturalidad en todos los reinos civilizados. La inmensa mayoría de los esclavos, como se ha dicho, procedían de las Tierras Salvajes, pero ocasionalmente los saceos o los hakkadios también reducían a dicha condición a prisioneros de guerra de otras razas.

Por último, cruzando el gran Mar de Dróinen y mucho más allá del archipiélago de Hakkâd, estaban las lejanas Islas del Extremo Sur, bañadas por mares helados y desconocidos. Habían sido marineros hakkadios los que, en aislados viajes de exploración, habían descubierto una cadena de grandes islas volcánicas en las que el clima era muy frío y hostil. Allí habitaba una raza de misteriosos hombres conocidos como los Krëyffer. Pocos habían tenido contacto con ellos, y los que lo habían hecho hablaban de ellos con desprecio y horror. Los describían como salvajes terribles que ofrecían sacrificios humanos a sus espantosos dioses. Según ellos, tenían la piel y los cabellos blancos, y los ojos rojos, y en ellos no había más que brutalidad y odio hacia los extraños. Con el tiempo, copiando de alguna nave hakka-

dia encallada en sus costas, habían aprendido el arte de la navegación, y cada vez eran más frecuentes sus expediciones de saqueo en las tierras civilizadas. Inicialmente se habían dirigido contra las pequeñas islas hakkadias más cercanas, pero cada vez se atrevían a llegar más y más lejos, hasta el punto de atacar en los últimos años poblados aislados de las costas de Shezzarâd, Naorene y Dergala.

No todas aquellas razas y pueblos estaban representadas en el solemne funeral que se celebraba aquel día, a la hora del crepúsculo y en campo abierto, como era costumbre entre los saqueos, en la explanada situada frente al Panteón de los Reyes, una imponente y sombría edificación de piedra negra y afilados arcos de retorcidos arbotantes, emplazada a corta distancia de la parte trasera del gran Palacio Real de Vanma. Con todo, flotaba entre los asistentes la sensación de estar contemplando una gloriosa grandeza pasada y el presagio de un acechante destino que de algún modo les afectaba a todos ellos. Tal vez se debiese a lo tormentoso del día, al cielo oscuro y nublado del que caía una fina pero constante lluvia rota ocasionalmente por brutales relámpagos que recortaban las siluetas con efectos espectrales; o a la severa y dramática majestuosidad del cortejo fúnebre que había organizado personalmente el príncipe Ástar, embutido en una elegante armadura negra con adornos dorados y una gran capa azul marino sin emblemas, cuya sombría figura y dura mirada dominaban toda la escena, eclipsando a su tío Zebanos, que actuaba como representante del Trono de Elea, y al propio Sumo Sacerdote de Nan, máxima autoridad religiosa de las Tierras Interiores que oficiaba la ceremonia funeraria.

Fuese por una razón u otra, todos los presentes sintieron que el corazón se les encogía en el pecho cuando, a una señal del Sumo Sacerdote, se encendieron las antorchas y un grupo de oficiales de la Guardia Real de Elea, escoltados por una doble fila de soldados, se abrió paso entre las filas de los asistentes portando sobre sus hombros un catafalco de plata sobre el que descansaba el cadáver del rey Ángon. Entonces empezó a sonar un grave y lánguido canto mortuario, entonado por un coro de embozadas figuras situadas alrededor del altar que presidía la explanada y tras el cual se erguía el Sumo Sacerdote. Envuelto por aquel triste cántico, que retumbaba sobrecolector como si surgiera de la misma tierra, y a la temblorosa luz de las